



El compromiso con la realidad total. La tercera importación anacrónica de las ideas sartreanas y su infiltración en el surrealismo argentino (1958-1967)

Luciana Del Gizzo

Universitat Pompeu Fabra  

<https://dx.doi.org/10.5209/alhi.108574>

ES Resumen. La introducción del pensamiento de Sartre en Argentina es un caso de importación cultural que no sólo ejemplifica el modo en que las ideas se transforman al entrar en contacto con otro suelo y otro universo discursivo, sino que, al haberse dado en distintas etapas, caracterizadas por condiciones diferentes tanto del contexto de recepción como de las propias nociones y posiciones del filósofo, activó diferentes zonas de ese contacto. Este trabajo se centra en el particular momento en que las ideas de Sartre se “popularizaron” entre la intelectualidad argentina y se infiltraron en el discurso de los surrealistas argentinos entre fines de los años cincuenta y los sesenta. Para eso, se detiene en el concepto de importación cultural con el propósito de dar un marco de reflexión y analiza el modo en que estas ideas se gestaron y convivieron en el contexto original francés, para comprender mejor los anacronismos y desplazamientos producto de la importación. Finalmente, se analizan tres breves revistas asociadas al grupo surrealista argentino, que exponen la combinación de estas ideas y del contexto discursivo en el cual circulaban: *Boa* (1958-1960), *Cero* (1964-1967) y *La Rueda* (1967).

Palabras clave. Surrealismo, Sartre, compromiso intelectual, importación cultural.

ENG Engaging with Total Reality. The Third Anachronistic Importation of Sartrean Ideas and Their Infiltration into Argentine Surrealism (1958-1967)

EN Abstract. The introduction of Sartrean thought into Argentina exemplifies a case of cultural importation that illustrates how ideas transform upon contact with a new cultural landscape and discursive universe. Having occurred in distinct stages characterized by varying conditions of both the reception context and the philosopher's own evolving notions and positions, it activated different spheres of this interaction. This study focuses on the specific period when Sartre's ideas became “popularized” among the Argentinean intelligentsia and infiltrated the discourse of Argentinean surrealists between the late 1950s and the 1960s. To achieve this, the paper first examines the concept of cultural importation, providing a reflective framework. Then it analyzes how these ideas originated and coexisted within their original French context to better comprehend the anachronisms and displacements resulting from their importation. Finally, the study scrutinizes three short-lived journals associated with the Argentinean surrealist group, which demonstrate the convergence of these ideas and the discursive environment in which they circulated: *Boa* (1958-1960), *Cero* (1964-1967), and *La Rueda* (1967).

Keywords. Surrealism, Sartre, intellectual engagement, cultural importation.

Sumario. 1. El quincenio sartreano y el surrealismo. 2. La importación cultural: entre la antropología y el anacronismo. 3. El olvido que lleva al anacronismo. 4. La tercera importación anacrónica de Sartre. 5. El compromiso con la nueva realidad. 6. La realidad impuesta.

Cómo citar: Del Gizzo, L. (2025). El compromiso con la realidad total. La tercera importación anacrónica de las ideas sartreanas y su infiltración en el surrealismo argentino (1958-1967), en *Anales de Literatura Hispanoamericana* 54, pp. 53-x.

¹ Este trabajo es resultado de la investigación realizada en el marco del proyecto “Surrealismo y después, el derrotero de una intermitencia en Argentina”, financiado por Conicet (Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas). La redacción final fue realizada en el marco del proyecto “Surrealism as Multicultural Experience: The Transatlantic Bonds of the Surrealist Group and the Self-Reevaluation of Latin-American and European Cultural Identities”, financiado por el programa de investigación y Desarrollo Horizon 2023 de la Unión Europea bajo el Grant Agreement Marie Skłodowska-Curie 101151576 (MULTISURREALISM).



Funded by the
European Union

Funding: This editorial is part of a project that has received funding from the European Union's Horizon 2023 research and innovation program under the Marie Skłodowska-Curie grant agreement 101151576 (MULTISURREALISM).

1. El quincenio sartreano y el surrealismo

¿quién, en esa época, entre los que pretendían tener una actitud crítica, no ha estado, más o menos, con todos los matices que se le quiera dar, influenciado por Sartre? (David Viñas, “*Les Temps Modernes* y nosotros” 1981).

Las palabras del epígrafe fueron escritas por David Viñas en un conocido texto que salió en un número de la revista *Les Temps Modernes* dedicado a Argentina. Resulta claro que habla retrospectivamente, desde 1981, y también que procura congraciarse con la publicación que le había dado la oportunidad de coordinar ese especial. Sin embargo, su afirmación no falta a la verdad, incluso cuando no fuera el intelectual más alineado con las ideas de Sartre; por eso mismo su testimonio es valioso. También, porque muy probablemente no se refiriera sólo a sus compañeros de la revista *Contorno* (1953-1959), el conjunto que incluía a los más fervientes partidarios de las ideas del filósofo francés, reconocidos como sus principales difusores en el país. Es posible que “esa época” de la que habla aluda al periodo de publicación de la revista, pero también más allá, a lo que Eduardo Grüner recientemente llamó el “intenso «quincenio» sartreano” (2021: 80), un periodo entre los años sesenta y parte de los setenta en que estas ideas produjeron un clima que embargó a todo aquel que tuviera inquietudes intelectuales y políticas.

Es que la justa atención que los historiadores prestamos a la generación contornista en ocasiones nos distrae de lo que ocurrió inmediatamente después, cuando la influencia de Sartre no sólo atravesó las ideas, el estilo, la praxis política y hasta la moda. Más significativamente, de frente al golpe militar de 1966 se produjo una “nacionalización híbrida” de “efecto retroactivo” de sus ideas, como Grüner lo define en su memoria (2021: 84), y de consecuencias bidireccionales. Porque a la vez que estos conceptos fueron un instrumento crucial para pensar la coyuntura argentina que se enfrentaba a la dictadura más violenta hasta el momento, al retraducirse “para nuestros intereses histórico-inmediatos” (2021: 85), se resignificaron a partir esa lectura localizada –o “situada”, para utilizar el término afín–. Así, los opresores coloniales y las clases dominantes cobraban cuerpo y rostro en una dictadura que exponía la condena a la libertad y exigía “decidir qué hacer con lo que la historia había hecho de nosotros” (2021: 83); “todas esas consigas sartreanas las conocíamos de antes”, dice Grüner, “pero muchos [...] empezamos a *sentirlas* en el cuerpo” a partir del golpe de estado de Onganía en 1966 (2021: 83; resaltado en el original).

La experimentación de las ideas, ese “sentirlas en el cuerpo”, más que demarcar el derrotero de su circulación, evoca la memoria de una experiencia que iba más allá de la reproducción del conocimiento. Porque además de caracterizar el ambiente sartreano en la Buenos Aires de la década de 1960, que repone la estela de influencia y el peso que tenía el filósofo francés, lo que interesa de la rememoración de Grüner es que reconstruye para este caso lo que a menudo ocurre con la importación de ideas y poéticas, y por qué no, de prácticas: en tanto que entran en contacto con un contexto discursivo y una circulación de nociones diferentes, pero también con acontecimientos y hábitos diversos, adquieren matices nuevos y ofrecen respuestas a problemas para los cuales no fueron pensadas en sus contextos de origen, resignificando muchas veces su sentido original. En definitiva, lo que se produce con la importación cultural es un anacronismo, siempre que esas ideas, al desplazarse, caen en un tiempo discursivo diverso al de su lugar de origen, rompiendo la eucronía o “búsqueda de la concordancia de tiempos” (Didi-Huberman 2011: 36), pero también conectando las líneas temporales de esos discursos de forma inédita (Rancière 2022).

La introducción del pensamiento de Sartre en Argentina es un caso de importación cultural que no sólo ejemplifica el modo en que las ideas se transforman al entrar en contacto con otro suelo y otro universo discursivo, sino que, al haberse dado en distintas etapas, caracterizadas por condiciones diferentes tanto del contexto de recepción como de las propias nociones y posiciones del filósofo, activó distintas zonas de ese contacto. Este trabajo busca centrarse en el particular momento en que las ideas de Sartre se “popularizaron” entre la intelectualidad argentina, hasta producir una suerte de vulgata de la idea de compromiso intelectual que entró en contacto con otros discursos. Específicamente, me centraré en el cruce que entre fines de los años cincuenta y los sesenta se produjo entre esas ideas y el surrealismo, cuya importación en el país también tuvo un derrotero propio y extenso.

Para hacerlo, me detendré primero en el concepto de importación cultural con el propósito de dar un marco de reflexión. Luego, en el modo en que estas ideas se gestaron y convivieron en el contexto original francés, para comprender mejor los desplazamientos, producto de la importación. Finalmente, analizaré tres breves revistas que habitualmente se asocian al grupo surrealista argentino, pero cuyas páginas exponen el alcance de la combinación de estas ideas y del contexto discursivo en el cual circulaban: *Boa* (1958-1960), *Cero* (1964-1967) y *La Rueda* (1967). Partiré de tres premisas, a modo de hipótesis previas. En primer lugar, que esa combinación era impensable en el contexto de origen francés, pero que era posible en un ámbito donde estas ideas corrían a destiempo o, por lo menos, con distinto ritmo; segundo, que este cruce se dio en el marco de esa “popularización” de estas ideas entre la intelectualidad local, lo que produjo una suerte de vulgata más o menos distorsionada y selectiva de las ideas originales, más dúctil y susceptible de amalgamarse; por último, que la importación generó un contacto discursivo productivo, que dio como resultado un conjunto conceptual de síntesis igualmente interesante.

El propósito es hacer un aporte para el estudio del modo en que estas ideas circularon, contribuir a la historia del surrealismo y del sartrismo en el país, pero también considerar más detenidamente los procesos de importación cultural, que distan bastante de ser meras recepciones o, mucho menos, influencias, tal como se las abordaba hasta hace poco. Atender con más detenimiento al modo y la medida en que ideas, poéticas y prácticas extranjeras circulan, se amalgaman y se modifican puede dar la pauta del devenir cultural de nuestra sociedad tan atenta a las producciones extranjeras, algo en que la antropología cultural en combinación con cierta concepción anacrónica de la disciplina histórica (Rancière 2022; Didi-Huberman 2011) puede contribuir en gran medida. Al fin y al cabo, las ideas no sólo sustentan acciones, sino que también están en la base de los anacronismos que producen la historia o el cambio de los tiempos.

2. La importación cultural: entre la antropología y el anacronismo

En un estudio anterior, procuramos deslindar con Mariano Sverdloff el concepto de importación literaria, entendiendo por esta

la introducción de escrituras de otros países, a través de diversos modos de apropiación (traducción, lectura, reescritura) [que] habilitan fenómenos tales como la subversión de normas poéticas y lingüísticas [...]; la politización de ciertos textos traducidos, que se integran al contexto de las querellas ideológicas y/o literarias nacionales; o la constitución de un campo intelectual nacional por oposición a los campos literarios extranjeros (Del Gizzo y Sverdloff 2019: 4).

Siguiendo este criterio, no se trataría solamente de la introducción de textos, sino que supone el contacto productivo con literaturas ajenas, que produce modificaciones institucionales y discursivas.

A menudo, la importación literaria se piensa en el marco de los estudios sobre traducción, dado que este es su canal privilegiado, muchas veces indispensable, y se la ha vinculado a la intervención de los intelectuales, que con frecuencia lideran estos procesos (Szpilbarg 2019). En ella se inscriben estrategias de transferencia de producciones literarias, donde intervienen diversos actores del sistema cultural, que incluye autores y editoriales, también mediadores institucionales y políticas editoriales (Szpilbarg 2019). Pero además la introducción de textos forma parte de un tipo más amplio de importación de materiales intangibles, cuyo objetivo no suele ser económico y cuyos efectos se traducen en bienes igualmente simbólicos: la importación cultural, un proceso más amplio que se refiere al ingreso de ideas, poéticas o prácticas foráneas que producen modificaciones de discursos y conductas en una sociedad.

Esta concepción es posible si consideramos como “cultura” algo más amplio que el conjunto de las expresiones artísticas e intelectuales. Para eso, podemos tomar prestada una difundida definición de la antropología cultural, que establece que

Culture is information capable of affecting individuals' behavior that they acquire from other members of their species through teaching, imitation, and other forms of social transmission.

By *information*, we mean any kind of mental state, conscious or not, that is acquired or modified by social learning, and affects behavior (Richerson y Boyd 2005: 5).

Así, la noción de importación cultural cobra un sentido más extenso, abarcando, además de los textos, las ideas y las prácticas. Entonces, sería la introducción de información extranjera capaz de afectar la conducta, el pensamiento o la producción artística y de conocimiento, que “se obtiene a través de la enseñanza, la imitación u otras formas de transmisión social” (Richerson y Boyd 2005: 5; la traducción es nuestra), como la lectura, pero también las conversaciones y la observación.

Esta definición de cultura proviene de la teoría de la herencia dual, que sostiene que la evolución genética y la evolución cultural interactúan en la conformación del comportamiento humano. Aunque no sea nuestro objetivo observar las conductas, tomar este concepto permite considerar la importación cultural como una noción más abarcativa, que no se refiere únicamente a la transmisión y traducción de textos extranjeros, sino también a las ideas que hacen circular, lo que permite colocar el foco en la generación de cambios en los discursos, las prácticas y también las conductas. Así, la importación de Sartre no valdría únicamente en cuanto a la incorporación de sus escritos, sus conceptos y su exégesis especializada, sino también contarían aquellas nociones transmitidas de manera informal que se expresan contaminadas de otros discursos, como lo que oportunamente ocurrió en el llamado “quincenio sartreano” de acuerdo con Grüner (2021). Estas ideas transformaron las creencias sobre la noción de lo literario, lo que modificó su ejercicio, pero también incidieron sobre prácticas políticas y sociales.

A diferencia de otros términos y categorías críticas propias de los estudios latinoamericanos –como transculturación, heterogeneidad, mestizaje, culturas híbridas–,² que procuran dar cuenta de la complejidad de los contactos culturales que caracterizan nuestro continente, la noción de importación cultural se refiere a procesos puntuales de incorporación de ideas, poéticas o prácticas. Por eso se trata de operaciones más generales que la introducción de un conjunto de textos, pero más específicas que los fenómenos producidos por la interacción amplia de culturas. El motivo de tradición latinoamericana que necesariamente resulta convocado por este concepto es el de las ideas fuera de lugar, porque la importación cultural supondría un traslado geográfico –siempre que se considere que las nociones pertenecen a un suelo–, que conlleva desplazamientos de sentido. Ahora bien, cómo abordarlos parece ser la cuestión.

Elías Palti (2021) sintetiza los antecedentes y el debate central sobre las ideas fuera de lugar que supone que “los modelos de pensamiento europeos no serían adecuados al medio latinoamericano” (2021: 245) y que “las producciones locales se tratarían de meras copias deficientes de sistemas de ideas importados” (2021: 246), así como todo un régimen de valor montado sobre la creencia en la existencia de modelos y desviaciones, en definitiva, sobre esencialismos que buscan una particularidad propia y distintiva frente a lo exterior. En el centro del debate se encuentran los planteos de Roberto Schwarz, para quien es inútil la discusión dado que todas las ideas necesariamente están fuera de lugar, y los de Maria Silva Carvalho Franco, para quien las ideas jamás son inadecuadas “por el sencillo hecho de que si las mismas pueden circular socialmente en un medio dado es porque sirven a algún propósito en él, es decir, porque existen ya en este medio condiciones para su recepción” (Palti 2021: 252).

Al fin y al cabo, como concluye Palti no se trata de discutir cuál es el lugar de las ideas, porque su percepción no es homogénea entre los sujetos y además cambia a lo largo del tiempo. Aquello que interesa es atender a los des-

² Para un estudio abarcativo de estas nociones, que considera los debates intelectuales en los que se gestaron, véanse las entradas correspondientes del *Diccionario de términos críticos de la literatura y la cultura en América Latina* (Colombi et al. 2021). Agradezco a Mariano Sverdloff las nuevas discusiones sobre esta cuestión y esta recomendación bibliográfica.

plazamientos, “que resultan verdaderamente reveladores, desde un punto de vista histórico-conceptual” (2021: 253). Para eso, solicita nuevas herramientas teóricas fuera del marco de la historia de las ideas, dado que esta continúa pensando en términos de modelos y desviaciones. Acaso la importación cultural, en el marco de una noción de cultura extensiva que da cuenta de la transmisión y las modificaciones, sea una vía provechosa para dar cuenta de esos desplazamientos sin juicios de jerarquía. Igualmente, el planteo de Schwarz de que las ideas están siempre fuera de lugar, porque en definitiva interrumpen lo establecido, resalta que es su inadecuación y su capacidad de sacudir el estado de cosas aquello que determina su prevalencia.

Más aún, los desplazamientos que produce la importación cultural son una fuente de lo que Jacques Rancière llama “anacronía [que] es una palabra, un acontecimiento, una secuencia significativa salidos de «su» tiempo y por lo mismo dotados de la capacidad de definir conjunciones temporales inéditas, de garantizar el salto o la conexión de una línea temporal otra” (2022: 14). Los anacronismos impulsan la historia, dado que “hay historia en la medida en que los hombres no «se parezcan» a su tiempo, en la medida en que actúen en ruptura con «su» tiempo...” (2022: 13). Por eso, Rancière pide “deconstruir la categoría de anacronismo” clásica, “entendida como error sobre el tiempo”, ya que “el concepto [...] es anti-histórico porque oculta las condiciones mismas de toda historicidad” (2022:13). En tanto y en cuanto la importación cultural supone un fuera de lugar para lo que siempre está fuera de lugar, sobreimpone las temporalidades históricas y genera los saltos de época que marcan la cronología.

Como afirma Georges Didi-Huberman, “sólo hay historia de los anacronismos” (2011: 62), porque la historia no está hecha de pasado, sino de memoria, que es “psíquica en su proceso, *anacrónica* en sus efectos de montaje” (2011: 60; resaltado en el original) y porque “*en cada objeto histórico todos los tiempos se encuentran, entran en colisión o bien se funden plásticamente los unos en los otros, se bifurcan o bien se enredan...*” (2011: 66; resaltado en el original). En las ideas y las prácticas importadas, existe un anacronismo –o un *anacronismo*– de origen, por lo que su historización supone una sobreimpresión de tiempos y un desplazamiento discursivo adicional. Por eso, su atractivo no radica en determinar la fidelidad a una supuesta versión original, sino en el intento de captar qué otros solapamientos temporales y conceptuales produce y, sobre todo, hacia qué otras direcciones refracta.

3. El olvido que lleva al anacronismo

El cruce entre el surrealismo y la idea de una literatura comprometida en los años sesenta en Argentina constituye uno de esos nudos temporales anacrónicos producidos por la importación cultural. Durante el “quincenio sartreano” (Grüner 2021), la poética de Breton gozaba por fin de una amplia difusión y aceptación en Buenos Aires. Su primera y temprana importación entre 1926 y 1930 se había dado en un pequeño círculo de estudiantes de Medicina liderado por Aldo Pellegrini, pero la revista que editaron, *Qué* (1928-1930), no logró difusión y el movimiento perdió interés durante los años treinta, a pesar de que en abril 1936 la revista *Sur* publicó como primicia mundial “Château étoilé” de André Breton en su número 19.

Recién a fines de los años cuarenta, cuando una nueva discursividad vanguardista inundó el arte, Pellegrini logró vincularse con un grupo de poetas y artistas interesados por el surrealismo, que volvieron a integrarlo en las páginas de sus revistas con traducciones y notas de difusión.³ Durante esa misma década y la siguiente, las ideas del psicoanálisis se difundieron entre especialistas y profanos en Argentina, lo que también contribuyó a un interés por la poética. A fines de los cincuenta, existía ya un grupo consolidado de poetas que se reconocía surrealista –Juan José Ceceli, Carlos Latorre, Julio Llinás, Enrique Molina, Francisco Madariaga, Olga Orozco, Osvaldo Sanascini, Juan Antonio Vasco–. Además, algunos autores como Julio Cortázar, Ernesto Sábato y Alejandra Pizarnik habían incorporado procedimientos y temáticas del surrealismo a sus poéticas, así como en el plano del arte Raquel Forner, Juan Batlle Planas y Roberto Aizemberg habían hecho lo propio. Las ideas de Breton y su grupo circulaban en Buenos Aires plenas de salud, incluso quizás, con más vivacidad que en su ciudad de origen.

Tristan Tzara (1955), en una conferencia de 1948 impregnada de la coyuntura de la época, ya había advertido sobre los problemas que afrontaba el surrealismo a mitad de siglo, sobre todo, su ausencia y su silencio durante la ocupación, su falta de respuesta a las cuestiones del presente y su incapacidad para “adaptarse a un modo revolucionario” (1955: 38). Aunque la traducción al castellano de este ensayo recién se publicó en Buenos Aires en 1955, el testimonio sobre los inconvenientes que el movimiento atravesaba por la época llegaron de primera mano, a través de una crónica de viaje de Elías Piterbarg, uno de los pioneros estudiantes de Medicina, que publicó la revista *Ciclo* (1948). Allí explica los principales problemas que enfrentaba, esto es, la vinculación entre poesía y política, el posicionamiento con respecto al stalinismo y la articulación con las masas, y diagnostica una impotencia por parte de los surrealistas “clásicos”: “En este paseo mío por París presentía una fragilidad en el surrealismo que podía objetivarse mirando el problema desde el lado político” (1948: 70). La fragilidad era una inconsistencia para responder a nuevas coyunturas, que ponía en duda la potencia actual del movimiento, “su vigor revolucionario” (1948: 71).

Esto se manifestaba, por un lado, en la falta de adhesión de los jóvenes franceses: “Son muchos más los que colman las salas de conferencias y de polémica de existencialistas y comunistas” (1948: 72). Pero la impotencia frente a la actualidad se revelaba fundamentalmente para Piterbarg en un “defecto de lucidez [que] consiste en actuar contra estas formas jóvenes de la necesidad con la misma táctica que se empleara frente a estructuras anticuadas y a punto de derrumbe” (1948: 73). El problema, por lo tanto, radicaba en la imposibilidad de articularse con las demandas y los intereses de las nuevas generaciones, más aún, en el impulso por combatirlos; algo que definitivamente no ocurría en

³ Luego de la primera incursión del surrealismo en la revista *Qué* (1928-1930), recién en 1948 la revista *Ciclo* (1948-1949) se dedicó a su importación de manera más orgánica –con excepción de la mencionada publicación de la revista *Sur*–. A esta le siguió una serie de publicaciones efímeras editadas por miembros del grupo de poetas surrealistas: *A Partir de Cero* (1952, 1956), *Letra y Línea* (1953-1954), *Boa* (1958-1960), *Cero* (1964-1967), *La Rueda* (1967) y *Talismán* (1969). Otras publicaciones como *poesía buenos aires* (1950-1960) tradujeron y fueron un canal de la importación del surrealismo, pero sus colaboradores no se reconocieron abiertamente como alineados a la poética.

el grupo argentino. Aunque el diagnóstico era certero e incluso advertía un relevo por parte del existencialismo, en esa importación omitía las condiciones en que se estaba dando. El problema estaba inserto en algo más complejo que el recambio generacional y la pista, tal como el propio Piterbarg advierte, estaba en la vigencia del existencialismo y el comunismo, aunque faltaba una pieza al rompecabezas.

Más allá de la capacidad de Breton y su grupo para responder a las demandas de una juventud que se había formado lejos de sus ojos, mientras muchos de ellos estaban en el exilio en América, la posguerra presentaba un nuevo escenario en Francia, que era tanto el tablero donde se ponderaría la actuación de los surrealistas como donde se diseñaría la noción del intelectual comprometido: la ocupación nazi y los posteriores procesos de purga de intelectuales, donde se juzgó su actuación durante esos años oscuros. De acuerdo con Tony Judt, la práctica intelectual se modificó drásticamente con la invasión:

1940 había supuesto un cambio radical en las reglas del juego. [...] La propia relación entre la escritura y la acción había sido hasta entonces fortuita; en muy contadas ocasiones, [...] los escritores vivían o aparentaban vivir a la altura de las exigencias de sus creaciones literarias. Con la derrota de Francia todo esto cambió. Los escritores y los artistas dejaron de tener libertad para decir, publicar o representar lo que les viniera en gana. [...] Muchos de ellos se vieron a la fuerza cara a cara y por vez primera con la necesidad de replantearse a fondo la relación entre sus pensamientos privados y sus vidas públicas (2012: 49-50).

Contrario a lo que afirma Judt, la responsabilidad no era nueva para la literatura: más de un intelectual francés lo había advertido, sobre todo, después de la Gran Guerra (cf. Winock 2010: 251, 291, 357, 389 y sgtes).⁴ Además, la Internacional Comunista ya había establecido su deber desde los años veinte, servir a la revolución, y aunque el modo de hacerlo sería materia de debate en las décadas siguientes (Winock 2010), esto había implicado una obligación ética que antes no tenía, incluso para quienes no profesaran el credo de izquierda. Pero la delicada conciencia sobre la relación entre lo que se piensa, lo que se dice y lo que se hace que impuso el totalitarismo evidenció el peso de la palabra para todo el arco intelectual francés y ya no hubo vuelta atrás. Terminada la guerra, entre octubre de 1944 y febrero de 1945 los procesos de purga de intelectuales, particularmente severos y con pena de muerte para varios, abrieron un fuerte “debate en torno a la responsabilidad del escritor en el mundo de las Letras, que se divide en dos campos: los «indulgentes» y los «intransigentes»” (Sapiro 2019: 186), en el que se señalaba que “los escritores eran juzgados más culpables [o con más severidad] que los hombres de negocios y los políticos”, a lo que se oponía el argumento de que “las palabras transmitidas no eran inocentes, sino que causaban la muerte, como las armas de fuego” (Winock 2010: 537).

Ese debate terminó por instalar la convicción de que “La capacidad de expresar un punto de vista de un modo calibrado para convencer a otros y la destreza para revestir un acto inaceptable y darle una vestimenta moralmente respetable confieren al escritor un poder, pero también un deber” (Judt 2012: 91) y, por lo tanto, también una culpa mayor. A favor de la interpretación de Piterbarg, hay que decir que las purgas fueron una oportunidad para ajustes de cuentas y reacomodamientos entre los intelectuales, incluso también para relevos.⁵ Sapiro señala que la oposición entre indulgentes e intransigentes “coincide con una división política entre derecha e izquierda, entre gaullistas y comunistas, pero también con una escisión entre dos generaciones: la generación de los escritores de preguerra [...] y la nueva generación surgida de la Resistencia” (2019: 186). El recambio entonces estaba fundado en múltiples motivos: vitales y estéticos, aunque las razones éticas se sobreimpusieron de manera todavía más acuciente que en la posguerra anterior.

Tal como advertía Tzara (1955), la crisis del surrealismo y su pérdida de influencia pública se había originado a principios de los años treinta, cuando Aragon abandonó el grupo y luego estos rompieron con el PC francés. Si bien es cierto que esa ruptura fue un modo de blanquear “la incompatibilidad natural entre la Revolución surrealista, sea cual sea la dosis de marxismo que le hubiesen inyectado, y el régimen soviético y el comunismo de aparato” (Winock 2010: 362-362), “su extremo rigor ideológico” (2010: 363) los llevó a un paulatino aislamiento de la familia intelectual. Adicionalmente, la ausencia de muchos de ellos durante la ocupación no los hacía las figuras más modélicas para el imperativo ético de posguerra, fundado en la participación en la Resistencia.

Sartre, en cambio, se adecuaba mejor a los tiempos para cubrir ese lugar. De acuerdo con su propio testimonio, permaneció ajeno a las responsabilidades políticas del escritor hasta el momento en que fue convocado a la guerra y, más aún, cuando fue tomado como prisionero (Winock 2010: 551). Existen testimonios variados sobre su actuación en la Resistencia,⁶ pero su reconocimiento creciente anterior fin de la guerra y, sobre todo, su capacidad para captar y conceptualizar una sensibilidad extensiva en la sociedad, que se hizo acuciente durante los juicios de purga, lo transformó en el intelectual del momento; más aún, en la figura modelo. Tal como advierte Gisèle Sapiro, la noción de responsabilidad del intelectual es “herencia de la guerra” (2019: 199): Sartre “confiere una nueva forma —y una gran notoriedad filosófica— a una noción que es una categoría ética del raciocinio literario, inscrita en la deontología del oficio de escritor, en un momento en el que esta noción se sitúa en el corazón del debate intelectual y de la actualidad política” (2019: 185). Este sentido de la oportunidad “contribuyó al éxito de Sartre” (2019: 186) y a su vez fue complementado con un posicionamiento propio que incluyó el destronamiento del surrealismo.

⁴ Winock señala el parteaguas que supone una guerra para la literatura, citando las palabras de Paul Léautaud sobre la primera posguerra: “hoy en día [...] ya no puede sostenerse una opinión sobre un escritor sin que esa opinión se vea influida por la actitud que ese escritor mantuvo durante la guerra. [...] La guerra fue y es todavía un acontecimiento importante. Es una cuestión de conciencia en un dominio muy elevado”(2010: 250). Esta situación se volvería más acuciente luego de la ocupación nazi.

⁵ De hecho, Winock (2010) analiza el relevo de la autoridad intelectual central francesa de André Gide por Sartre en la segunda posguerra.

⁶ Winock (2010) pone en duda la relevancia de la actuación de Sartre en la Resistencia. Sin embargo, en 1945, De Gaulle le otorgó la Légion d'honneur, la mayor condecoración de Francia, por sus méritos civiles en ese contexto. El filósofo, como es conocido, rechazó la distinción.

Además de presentar la teorización de la noción de compromiso intelectual, en *¿Qué es la literatura?* (2008 [1948]), Sartre hace una crítica integral al movimiento de Breton y, prácticamente, no deja aspecto sin dismantelar. Pero lo sustancial es que deconstruye su propuesta presentándola como inacabada, en tanto que eleva la destrucción a un fin en sí mismo, en lugar de considerarla como un paso necesario hacia una construcción. El surrealismo, dice, construye sólo para autodestruirse simbólicamente. Por eso crea, para Sartre, un “objeto petrificado” que solo indica una posible destrucción del mundo, sin afectarlo realmente ni conectar con las luchas del proletariado. En una época en la que se ha vivido demasiado entre la destrucción y resulta urgente una reconstrucción, esto equivale a dejarlo fuera del juego del presente.

Más allá de que las propuestas de existencialistas y surrealistas fueran compatibles o no, el filósofo invalida las ideas de Breton para responder a la nueva coyuntura. En definitiva, lo que Piterbarg pasa por alto, el debate sobre el rol de los intelectuales durante la ocupación nazi, fue el contexto del desdibujamiento de los surrealistas y del salto definitivo a escena de los existencialistas: mientras los primeros cargaban con la incomodidad de haber permanecido ajenos y hasta indiferentes a las necesidades de los oprimidos, lo que no les permitía responder a los debates del momento,⁷ los otros contaban con la mente más lúcida, que había captado en el aire la construcción colectiva de la noción de compromiso intelectual para enunciarla como propia y disponerla como precepto universal que venía a resolver el mandato ético de la literatura.⁸

4. La tercera importación anacrónica de Sartre

Piterbarg no fue el único que desdeñó este debate. Poco o nada de eso fue tenido en cuenta en Argentina. Las condiciones de producción de la noción de compromiso intelectual no fueron consideradas en su importación e incluso muy rara vez se repara en ellas a la hora de ponderar su importancia en el ámbito latinoamericano.⁹ Si en Francia se había conformado de manera colectiva para poner blanco sobre negro en cuanto a la conducta de los intelectuales durante la ocupación, la operación de Sartre consistió en una universalización del concepto en pos de la libertad humana y en “un cambio magistral gracias a su autoridad: [...] el pensamiento, la literatura, no sólo son acción en sí, sino que son la forma suprema de la acción” (Boschetti 1990: 110). Agrega Sapiro: “Inversión adecuada para paliar el «complejo de inferioridad» de la Resistencia con respecto a la lucha armada. Sartre supera así la antinomia entre pensamiento y acción que estructuraba el campo literario de preguerra” (2019: 190-191). Lejos de este problema, en la América Latina de los sesenta, el concepto permitió resolver las contradicciones que los escritores de izquierda, seducidos por una nueva ola vanguardista, mantenían con los imperativos de la acción, del realismo socialista y otras interpelaciones que planteaba el comunismo.

Oscar Terán (1993) señala que el existencialismo sartreano tuvo una gran influencia en la relación entre la teoría y la política en Argentina y reconoce al compromiso como organizador de una ideología conectada con las preocupaciones sociopolíticas vigentes, en una época en que la política revestía de sentido a diferentes prácticas empeñadas en producir una intervención. Es en este sentido que ejerció una mediación entre los requerimientos del comunismo y la voluntad de ejercer la práctica intelectual: la idea de que la realidad se le impone necesariamente al escritor liberaba la conciencia y el uso de los procedimientos experimentales, siempre y cuando se pronunciaran, dieran cuenta de esa realidad en sus producciones y, preferentemente, actuaran en consecuencia. Terán advierte al respecto que “las preocupaciones sociales [...] se ejercitaban desde el lugar mismo del escritor, esto es, sin abandonar un autopoicionamiento en el campo intelectual”. Por eso, la noción pudo funcionar como “una útil mediación entre su adscripción profesional y sus incursiones en el terreno político” (1993: 23).

Claudia Gilman coincide y resalta que esa mediación se desempeñó como una forma de autorización de la voz del intelectual:

El compromiso [sartreano] implicaba una alternativa a la afiliación partidaria concreta, mantenía su carácter universalista y permitía conservar la definición del intelectual como la posición desde la que era posible articular un pensamiento crítico. De este lugar simbólico del intelectual como conciencia crítica, muchos de los escritores del período fundaron su legitimidad (2003: 73).

En definitiva, confería una libertad mayor que la adscripción orgánica a un partido y esto habilitaba la articulación de la pertenencia de izquierda con el ejercicio crítico. Entonces, en lugar de ser una vara de juicio sobre los efectos de la palabra en una coyuntura injusta y tiránica, como en su contexto de origen, el desplazamiento anacrónico gracias a la universalización sartreana la convirtió en una llave para la libertad intelectual. A su vez, esa libertad permitía otros acoplamientos.

⁷ Tzara enuncia este problema de manera clara y prematura: “Lejos de mí la intención de reprochar a quienquiera que fuese el haber abandonado Francia en el momento de la ocupación. Pero se debe comprobar que el Surrealismo ha estado ausente de las preocupaciones de aquellos que se quedaron, porque no les prestó ninguna ayuda, ni en el terreno afectivo del comportamiento frente a los nazis, ni en el terreno práctico de la lucha iniciada contra ellos. Después de esos sucesos recientes [...], no veo sobre qué podrá fundarse para retomar su papel en el circuito de las ideas, en el punto en que las dejó, como si esta guerra y aquello que la siguió no fuese más que un sueño en seguida olvidado” (1955: 82).

⁸ Sapiro señala que “En el momento de la Liberación, al tiempo que los escritores son juzgados como traidores de la nación, Sartre desnacionaliza el concepto de responsabilidad para darle un alcance más universal. La evolución que conoce la propia definición del crimen que se le imputa a los colaboracionistas a lo largo del año 1945, le proporciona las bases de este movimiento desnacionalizador” (2019: 197).

⁹ Oscar Terán, por ejemplo, explica su surgimiento sólo sobre premisas filosóficas, como una respuesta al espiritualismo, que coincide con la preocupación de los intelectuales argentinos. Claudia Gilman apenas menciona la cuestión al pasar: “En un trabajo sobre Sartre, Anna Boschetti comenta el estrecho vínculo existente entre legitimidad literaria y apoyo a la causa de la Resistencia durante la ocupación alemana en la Francia de la Segunda Guerra Mundial” (2003: 57). Además, afirma que “fue Sartre quien forjó la noción de compromiso” (2003: 72).

En verdad, de acuerdo con Alan Savignano, la importación de Sartre en Argentina tuvo dos etapas. Una primera lectura académica fue la realizada por la llamada Generación del 25, centrada en la exégesis filosófica (Terán 1993).¹⁰ La segunda fue realizada por un grupo de los intelectuales colaboradores de la revista *Contorno* (1953-1959). Desde el margen de los espacios académicos, se centró en las ideas sartreanas como un aparato conceptual que permitía reevaluar la literatura en función de su ligazón social (Savignano 2020, 2016). Ahora bien, el hecho de que esa segunda importación se haya dado de manera asistemática colaboró con una circulación no formal que desbordó hacia un conjunto de la sociedad más difuso y numeroso: una clase media formada en ascenso con intereses políticos y aspiraciones intelectuales, cuyos sujetos leían las producciones de la nueva izquierda y a menudo militaban en partidos u otras agrupaciones.

Por eso, a estas dos etapas podría agregársele una tercera, durante los años sesenta y parte de los setenta, en que la noción de compromiso intelectual se difundió y fue interiorizada por un conjunto más amplio, aunque también de manera más esquemática, menos reflexiva, en definitiva, algo simplificada. Este grupo más extenso no estaba conformado sólo por intelectuales, sino también por un público que esperaba de sus escritores que su palabra fuera acción; de modo que lo que advierte Gilman, “el compromiso no era un componente entre otros de la literatura, sino su *función de ser*” (2003: 146; resaltado en el original) pasó a formar parte de la demanda. Si a partir de los años sesenta la política constituye un nudo “en torno al cual todos los actores se colocan” (2003: 41), la noción sartreana de compromiso fue el modo en que las personas con inquietudes intelectuales tramitaron su sujeción a la política y también a la literatura, tanto en el plano de la producción como en el de la recepción.

Estas tres etapas o momentos de la importación del pensamiento de Sartre en Argentina coincidieron con las transformaciones de su figura:

a fines de 1940 Sartre era un filósofo existencialista más entre otros, [...] en la década siguiente, [...] se convierte en el filósofo más célebre que se haya conocido hasta el momento. [...] impone la hegemonía del modelo de escritor comprometido y profético en el campo literario [...]. Por otra parte, [...] abandona paulatinamente aquello que él mismo consideró resabios del idealismo, el pesimismo y el individualismo en su filosofía de 1943. La libertad y el compromiso son descriptos de ahora en más por su naturaleza colectiva [...]. Los vínculos entre su existencialismo y el marxismo se profundizan hasta llegar a decir que este último es la filosofía directriz de su época y el existencialismo no es más que una disciplina auxiliar (Savignano 2016: 52).

El primer periodo se corresponde con la importación académica y del círculo liberal de la revista *Sur* en el plano literario; el periodo del compromiso, con la importación asistemática de *Contorno*. Pero es posible advertir otra etapa, la que coloca al marxismo como centro, donde esos rasgos se consolidan y se vuelve una celebridad internacional, con la difusión de reportajes en la prensa escrita y la televisión, así como la reproducción de sus fotografías icónicas, incluyendo las que lo mostraban junto a Fidel Castro en apoyo a la Revolución Cubana.

Esta fase es la que se corresponde con la popularización en Argentina, con el “quincenio sartreano”, con el compromiso como función de ser de la literatura y del intelectual, y con un público que se siente parte y demanda eso mismo. El modo de “argentinarlo”, tal como lo refiere Grüner, o la lectura que se hizo de su obra en esos años fue en general sesgada y enfocada en ciertos aspectos: “la [...] *nacionalización* de Sartre nos lo había reducido a una *parte* de su «compromiso»: o bien habíamos celebrado el compromiso de su *cuerpo*, o bien gozado la seducción de su *escritura*” (Grüner 2021: 100). Básicamente, se valoraba el involucramiento personal con las causas de la izquierda y de la descolonización –el apoyo a la Revolución Cubana, el prólogo a *Los condenados de la tierra* de Fanon–, y la retórica convincente sobre el rol del intelectual –en la presentación a *Tiempos Modernos* y *¿Qué es la literatura?*–.

Este Sartre, que colocaba el marxismo por encima del existencialismo, que a la vez daba una mayor libertad para el ejercicio crítico que la pertenencia orgánica a un partido y que permitía enlazar la escritura a la acción política, generando debates y tensiones entre una y otra, pero al mismo tiempo otorgándole definitivamente una función ética a la literatura, la figura pública internacional de plena relevancia, fue el que se importó y popularizó en una sociedad con inquietudes intelectuales y políticas. Se trataba no sólo de nociones filosóficas, ni siquiera de un pensamiento, sino de una figura completa y uniforme, sin fisuras. Lejos estaban en esta Argentina los debates que generaron el compromiso, y mucho más allá el relevo del surrealismo o cualquier otra tensión del campo intelectual francés.

De hecho, el clímax de su argentinización coincide con su declive en Francia: 1966 es el año del golpe militar cuya interpretación a partir de Sartre produjo, de acuerdo con Grüner, una “nacionalización híbrida” de “efecto retroactivo” de sus ideas (2021: 84); también es el año en que “en el campo teórico europeo, la declinación del marxismo humanista y el auge estructuralista tendían a impugnar la colocación del intelectual que se derivaba de la teoría del compromiso. [...] Sartre se convierte, en 1966, en un personaje solo, desplazado y en definitiva incómodo” (Gilman 2003: 183), mientras en un país de América del Sur gozaba la plenitud de su popularidad.¹¹

5. El compromiso con la nueva realidad

Esta importación sesgada de Sartre como una figura orgánica, a partir de algunos de sus textos y de cierta simplificación de sus ideas, subrayaba sobre todo una noción de compromiso intelectual que anudaba dos factores hasta entonces contrapuestos y en tensión en la práctica erudita: la responsabilidad política y la libertad creadora. En *¿Qué*

¹⁰ En esta primera importación, se destacaron también las traducciones al castellano que se realizaron y publicaron en Buenos Aires, primero, en el ámbito de la revista *Sur* y, luego, de la editorial Losada (Savignano 2020, 2016). De hecho, Argentina se convirtió en un polo difusor de las ideas sartreanas en el ámbito hispanohablante.

¹¹ De acuerdo con Alan Savignano (2020) ese relevo también se produjo en la intelectualidad argentina a partir de ese momento, como consecuencia del proceso de modernización de las universidades y la intervención de intelectuales como Eliseo Verón y Oscar Masotta –que abandonó su inicial sartrismo–. Sin embargo, el proceso fue gradual y no fue extensivo hasta los años setenta, además de que la vigencia de Sartre se mantuvo en la mentalidad de lo que Terán llama la Nueva Izquierda (1993).

es la literatura? (2008), el filósofo impugna a los escritores que no admiten las consecuencias de sus actos, apuntando a los colaboracionistas, pero la extensión de esa responsabilidad, la universalización que opera sobre el concepto, la realiza sobre el sustento del albedrío: el intelectual es responsable únicamente en plena conciencia y uso de su voluntad, y es en el ejercicio de su libertad creadora como forma suprema de acción que contribuye a la libertad de la humanidad, esto es, a la revolución. La importación de estas ideas en el ámbito intelectual argentino colocó el interés en estos aspectos y eso hizo que, por un lado, se desenfocara el contexto de producción y, por otro, se quitara del cuadro la impugnación global del surrealismo presente en el mismo texto.

Olvidadas estas tensiones a partir de fines de los años cincuenta, las nociones del existencialismo sartreano se cuelan en la discursividad de las revistas alineadas al surrealismo con la naturalidad de una creencia tan extendida como indiscutible. Una noción sobrentendida de "realidad" aparece una y otra vez como versión algo desvirtuada de la *situation* sartreana para interpelar la práctica autónoma de la literatura, que se mezcla con el cuestionamiento que de ella plantea el surrealismo. En efecto, desde el *Primer Manifiesto...* se ponía en duda la fiabilidad de la realidad a partir del sueño ("¿por qué no otorgarle al sueño lo que rehúso a veces a la realidad, es decir, ese valor de certidumbre en sí misma...?"; Breton 2012: 29), pero esa noción de realidad se refería a factores externos dados y no se detenía en la libertad y la responsabilidad del individuo de intervenirla. Incluso, la definición del surrealismo que se da en ese escrito fundacional contiene la idea de una realidad incompleta y por eso dudosa, que hallaría la totalidad superadora al incluir la del inconsciente: "Yo creo firmemente en la fusión futura de esos dos estados, aparentemente tan contradictorios: el sueño y la realidad, en una especie de realidad absoluta, de *superrealidad*" (Breton 2012: 31).

A partir de la difusión del existencialismo sartreano, esa realidad continuó siendo parcial y factible de ser completada por un aspecto oculto para los surrealistas argentinos, pero ahora podía y debía ser intervenida. Así, por ejemplo, en el editorial del primer número de la revista *Boa* (1958-1960), Julio Llinás, poeta surrealista y director de la revista, presenta la publicación con un posicionamiento que mezcla ambos discursos. Comienza por poner en duda el concepto de realidad, señalándolo como precario, no sólo por su cuestionamiento a través del psicoanálisis y su noción inconsciente, sino también a través de los recientes hallazgos de la física y sus objeciones sobre la concepción del universo, lo que demostraría la existencia de una "realidad ulterior" (1958: 1). A continuación, sostiene que en esas condiciones el arte y la poesía enfrentan el problema de "su responsabilidad [...], de su validez definitiva o de su definitivo fracaso" (1958: 1) y llama a que incursione en lo imprevisible e ilumine "con su resplandor apasionado los tenebrosos fantasmas de la conciencia humana" (1958: 1).

El arte, para Llinás, debe ser un acto de revelación poética, algo que eludían las formas de abstracción geométrica vigentes en ese momento en Buenos Aires, al igual que el realismo socialista "aunque bajo otra forma" (1958: 2). Más allá del juicio de valor estético, el cruce discursivo resulta claro. En sus palabras resuena el imperativo sartreano del compromiso con la realidad, pero hay un desplazamiento de ese concepto. En lugar de considerar lo que Sartre llama *situation* o realidad situada, es decir, las condiciones en que cada hombre está inserto y sobre las cuales le cabe la responsabilidad de decidir, Llinás concibe esa realidad desde la perspectiva surrealista como incompleta e insondable. La *situation* quedaría por lo tanto engordada por esa otra realidad oculta que habría que develar y con la que también habría que comprometerse. Más aún, su develamiento sería en sí un compromiso, un modo de revelar el mundo. Además, en su rechazo de la abstracción geométrica y del realismo socialista resuena también la impugnación que hace el francés del arte por el arte y el realismo en la "Presentación de los tiempos modernos" (2008). Llama la atención, no obstante, el caso omiso que hace de la dispensa del compromiso que Sartre propone para pintores y poetas.¹²

Boa (1958-1960) comenzó a publicarse en plena vigencia de la segunda importación de Sartre, cuando la revista *Contorno* autorizaba a hacer una libre interpretación de sus ideas y a vincularlas específicamente con el plano de la literatura. Dirigida por un surrealista confeso como Julio Llinás, estaba destinada a un público entendido en arte y tenía el propósito de difundir las tendencias más actuales en pintura y poesía derivadas del surrealismo, y de vincularse con la escena internacional a través de su adhesión a Phases, un grupo neosurrealista con miembros de varias partes del mundo y base en París, que dirigía el poeta y crítico Edouard Jaeger. Se comprende así su intención de tomar posición en la actualidad del arte a través de los discursos vigentes, pero al hacerlo entrecruza las nociones sartreanas con las surrealistas, llamando al compromiso no sólo con la situación en la que están insertos poetas y artistas, sino también con la zona insondable de esa realidad.

Contemporánea a la tercera importación de Sartre, *Cero* (1964-1967) expone la misma marca de época aunque de manera más extensiva. Emergente del corazón de los años sesenta, exhibe permanentemente una preocupación porque el arte y la literatura den cuenta de lo que en sus textos se denomina "realidad", otra vez una noción sobrentendida que alude a las condiciones sociales, culturales y políticas, y que se cruza con la idea de compromiso. Sin exponer ni analizar el concepto de Sartre, una y otra vez aparecen en la revista referencias a esta noción, a la necesidad y la responsabilidad de dar cuenta de las circunstancias sociales, de no evadirse de las condiciones materiales de la existencia, como un tema en boga en la época, acompañado de la valorización de una literatura de lenguaje sencillo, cercano al habla cotidiana, que exponía la preocupación social e, incluso, cierto posicionamiento político. En definitiva, nada más lejano al surrealismo.

Es que, a diferencia de su antecedente francés, el grupo surrealista argentino se había caracterizado desde su conformación a fines de los años veinte y su relanzamiento al terminar la década de 1940, por no manifestar posiciones políticas en sus producciones literarias o expresiones públicas, a pesar de la simpatía o la militancia de sus

¹² Recuérdese que Sartre excusa a la poesía, la pintura y la música del compromiso: en la poesía "se operan importantes cambios en la economía interna de las palabras. [...] *representa* el significado más que lo expresa" (2008: 55); "cuando el poeta pone juntos varios de estos microcosmos, actúa como el pintor que reúne sus colores en el lienzo; se diría que el poeta está componiendo una frase, pero esto no es más que apariencia; está creando un objeto" (2008: 56). Concluye: "Si las cosas son así, se comprenderá fácilmente qué tontería sería reclamar un compromiso poético. Indudablemente, la emoción, la pasión misma -¿y por qué no la cólera, la indignación social y el odio político?- participan en el origen de un poema, pero no se *expresan* en él" (2008: 58).

miembros por las ideas de izquierda. Aunque sus afiliados no hicieron declaraciones al respecto, es llamativa la ausencia de pronunciamientos, sobre todo, si se considera la trayectoria del modelo francés; tampoco hay información sobre los motivos.¹³ Sólo es posible especular que el sistema literario argentino se había consolidado justamente en el arco de esos años sobre la afirmación de una idea de literatura autónoma que preconizaba la revista *Sur* y el grupo de escritores cercano a ella. A pesar de que la revista defendía las ideas liberales y rechazaba el fascismo en todas sus formas, sostenía la figuración de una literatura incontaminada y esta premisa se había hecho hegemónica.

La popularización del existencialismo sartreano en la tercera etapa de su importación contribuyó a o coincidió con un cambio de época en el que la hegemonía discursiva del compromiso se conjugó con la aprobación generalizada de la Revolución Cubana, la reconfiguración de las agrupaciones marxistas y la revisión del peronismo (Teran 1993). En esas condiciones, que permeaban al ámbito de la literatura, el surrealismo local veía interpelada su defensa de la autonomía. De hecho, una nueva generación de poetas se integraba al grupo, entre quienes se encontraban Miguel Ángel Bustos y Vicente Zito Lema, director de *Cero*, que confrontaría directamente con esa posición. Pero contrario a lo que podría suponerse, con el correr de los números no se advierte que la revista vaya del surrealismo al compromiso, sino al revés: comienza por plantear una idea sobreentendida de realidad para luego cuestionarla desde las premisas surrealistas.

Se inicia entonces planteando, en su primer editorial, el imperativo del “cotidiano compromiso del hombre con la realidad, de la que es parte y testimonio” en contra de los dogmas que definían a las vanguardias: “hay gente que necesita una definición para saber lo que rompe. Necesita etiquetar...”. La revista, en cambio, se propone atender tanto a las injusticias cotidianas como a la angustia metafísica: “Es serio saber –y duele– que mi hermano no tiene trabajo; que la tarde se escapa y aún la sopa no está en el calentador. Pero hay algo más. [...] El sindicato ayuda a buscar el mejor salario, pero se muele a solas la tristeza de comprender que hay sólo tres momentos serios en la vida: ser niño, asumirse y morir” (S/A, 1964: 1). Además de plantear una salida del imperativo dogmático de la vanguardia, y de comprometerse con la situación de los más desfavorecidos, hay una preocupación metafísica que trasciende y atraviesa lo cotidiano.

El compromiso es aquí síntesis de la responsabilidad que pedía Sartre de “revelar el mundo y especialmente el hombre a los demás hombres” (2008: 62) y estaba ligado a esa realidad sobreentendida, otra vez una traducción defectuosa o una simplificación del concepto sartreano de *situation*: mientras esta última siempre está ligada a la libertad, dado que es el hombre condenado a ser libre quien la co-crea, la realidad en la revista es siempre referida como condiciones externas, sobre todo, materiales, que limitan la existencia. Es decir, se concibe como algo ajeno y dado, de lo que el escritor tiene el deber moral de dar cuenta. En ese sentido, está más cerca de la noción marxista:

El modo de producción de la vida material determina [*bedingen*] el proceso social, político e intelectual de la vida en general. No es la conciencia de los hombres lo que determina su ser [su “realidad” en otras traducciones]; por el contrario, es su existencia [o realidad] social la que determina su conciencia” (Marx, 2008: 5).

En la doxa corriente de la época hay una combinación entre ambas nociones, por la cual el compromiso del intelectual es el deber moral de denunciar las injusticias como un modo de intervenir en la realidad. Entonces, en *Cero*, compromiso es compromiso político de delatar las injusticias, como cuando en el n° 3-4 se pronuncian contra la invasión de Estados Unidos a República Dominicana:

Nos guardamos los poemas y los cuentos para otro momento; [...] asumiendo la entera responsabilidad que como hombres e intelectuales nos corresponde, acusamos a Estados Unidos de haber violado el derecho de gentes [sic]. [...] Los que gustaban llamarse “paladines de la democracia”, han descubierto su sucio rostro de dolor y muerte; y mientras tanto nosotros seguimos en la espera de ser los castigados (S/A, 1965: contratapa).

Llama la atención que suspendan la literatura y esta última afirmación sobre una actitud de espera, pasiva, como si la enunciación no fuera un modo de salir de la inacción y producir el cambio, tal como proponía Sartre.

En esta línea, reivindicaban grupos literarios que practicaban un tipo de literatura denunciante y, por lo tanto, realista, como “el barrilete” y “el pan duro”. También destacan, comentan y publican la poesía de Luis Luchi “por lo que representa: el intelectual compenetrado con las clases populares, en su lucha y en sus problemas, que no sólo son de tipo económico” (Zito Lema, 1965: 26) y le dedican un extenso reportaje a Abelardo Castillo, cuya revista *El Escarabajo de Oro* (1961-1974) era una de las que traducían y publicaba a Sartre. En el número 2, Jorge Carnevale, uno de sus más frecuentes colaboradores sintetiza el modo en que circulaba la idea de compromiso sartreano, en una nota sobre la narrativa del momento:

Este asunto del compromiso ha dado lugar ya a innumerables polémicas y no tiene miras de aclararse, siendo como pensamos, bastante sencillo. [...] todo bicho que escribe –conscientemente, se entiende– está, desde ya, comprometido. [...] Compromiso del autor con su obra [...]. Y por consiguiente, y de inmediato, con un público –el lector– y su época.

Pero pasa que, en opinión de muchos, y sobre todo de la izquierda, se cree que compromiso es, por ejemplo, un fiel reflejo de Villa Miseria o un ataque despiadado al nazismo. Eso entienden algunos por Realidad Nacional (1964: 22).

La simplificación es representativa de la popularización de las ideas de Sartre en la época. Este vínculo de la práctica literaria con la realidad material a través de la política era un abordaje más compatible con cierto realismo como

¹³ Mario Pellegrini, hijo del poeta y principal referente y difusor del surrealismo en el país, manifestó en una entrevista personal que su padre discrepaba con las manifestaciones políticas en la literatura, lo que confirma el rasgo que se advierte en los escritos del grupo (Entrevista personal, 20 de abril de 2024).

el que inunda *Cero*, que con el surrealismo con el que la crítica ha clasificado a esta publicación (Minguzzi, 2013). Sin embargo, ráfagas surrealistas aparecen vinculadas a la presencia de Juan Batlle Planas, el pintor catalano-argentino, que se convirtió para Zito Lema en una figura rectora. Cuando este define en una crónica aquello que lo conmueve en sus cuadros destaca: “son íntimos, nos conversan a solas. Nos toman de la mano y sumergen, atemporales, en el vacío. Entonces viene la otra realidad, no la de la piel [...], sino la otra, la que todo hombre retiene vergonzante más adentro que el riñón” (1964: 16). El surrealismo de Batlle Planas, por lo tanto, calaba más hondo que la representación y la denuncia de la realidad corriente; esta, más oculta, no era menos realidad, pero era de otro tipo.

En agosto de 1967, salió el último número con un cambio considerable, que no sólo era de formato. En tapa, debajo del título, se lee “primer objeto narguile que trata de un homenaje a Juan Batlle Planas, el surrealismo, Breton, y ciertos elementos para la nueva realidad”. En esta entrega, dedicada en gran parte al pintor recientemente fallecido, hay una repentina reconversión al surrealismo. Esta vez, la revista apela al absurdo, al orden inesperado, a presentaciones disparatadas y a una cuota de irracionalidad, que se expone como “una científica forma de contribuir a la apertura hacia una nueva realidad, menos servil y aburrida de la que promueven los escritores por sí llamados realistas y poetas de Buenos Aires” (Zito Lema, 1967: 39). Como si este estado receptivo hacia una verdad no manifiesta que propone el surrealismo fuera un descubrimiento reciente y deslumbrante, en todas sus intervenciones Zito Lema insiste en el absurdo determinante de esa otra realidad que, a diferencia de la primera, no se somete a la existencia o, mejor, la desentraña en sus partes al alumbrar su reverso.

Ese mismo año sale el único ejemplar de la revista *La Rueda* (1967), último estertor de las publicaciones del grupo surrealista. Dirigida por Jorge Souza, diseñador gráfico de varias iniciativas vanguardistas, se proponía difundir las “direcciones diversas dentro de la poesía [,] [...] mostrarlas en su contradicción” (S/A 1967: 1). En esa multiplicidad, reconocen a “quienes ven en la poesía una exteriorización de las fuerzas liberadoras del inconsciente; [...] un rechazo del inconformismo; [...] el testimonio, en fin, de una experiencia, de una manera de estar en el mundo...” (1967: 1). Aún cuando dedica varias páginas a las producciones de los poetas surrealistas locales y varias otras a homenajear a Breton, fallecido el año anterior, se advierte a través de distintos resquicios un corrimiento de las nociones del surrealismo.

Por ejemplo, cuando Enrique Molina reseña una obra de teatro experimental de Mario Trejo representada en el Instituto Di Tella, subraya que

nadie –como Trejo señala– “puede creer ya que un poema salve la vida de un vietnamita”. Pese a ello Trejo se toma el trabajo de realizar un poema, de llevar a la escena la poesía. [...] Toda auténtica poesía, por el sólo hecho de serlo, cumple o apresura la revolución del espíritu –empresa de liberación del ser de los tabues de toda clase que cierran el paso a su plenitud– y dicha empresa no puede dejar de ser paralela a la voluntad de cambiar el mundo, aunque eso no significa la sumisión a consignas o temáticas inmediatas para cumplir tal fin (Molina 1967: 49).

La mixtura de las dos concepciones resulta patente: aunque no se resiste la invasión sino con las armas, la poesía, en tanto liberadora del espíritu como concebían los surrealistas, acompaña e impulsa la transformación –una función vecina a la que concebía Sartre para la prosa–, y esa voluntad de cambio resulta eximida de las adscripciones dogmáticas, tal como precisaba la libertad creadora dispuesta por el filósofo.

Se advierte así en las revistas una suerte de contaminación sartreana del surrealismo, que desplaza sus nociones a través de las ideas del filósofo, también corridas de su centro, para encontrar un espacio común y una combinación posible que termina por concebir el compromiso, no sólo en el ejercicio de la libertad para incidir en las circunstancias externas, sino también en esa otra realidad íntima y opaca, que habita el inconsciente. El compromiso era ahora con la realidad completa: la revolución era política y también de las conciencias.

6. La realidad impuesta

En 1967, el mismo año en que salió el último número de *Cero*, el Centro de Artes Visuales del Instituto Di Tella organizó la muestra “Surrealismo en Argentina”, bajo la curaduría de Aldo Pellegrini. En el texto del catálogo, Pellegrini afirmaba que

Una obra surrealista está siempre en conflicto con el mundo convencional regido por los prejuicios, la hipocresía y la autosuficiencia. Se opone así al prejuicio de la realidad inamovible y limitada al mundo físico para afirmar una realidad más amplia constituida por la unión del mundo físico y el mundo espiritual. La obra surrealista no representa, por lo tanto, una evasión de la realidad, sino una afirmación de esta realidad en una concepción total. Para los surrealistas, la razón, el establecer esquemas abstractos, nos aleja de esa realidad total, de la que sólo podemos encontrar huellas en el inconsciente (1967: 13).

La declaración parece responder a la interpelación que el auge del existencialismo sartreano ejercía sobre el surrealismo: a la urgencia por anudar la palabra y la acción con las circunstancias y a la acusación de que las producciones surrealistas se evadían de esa responsabilidad, Pellegrini responde que la coyuntura es sólo una parte y que el surrealismo se compromete con una realidad concebida de manera total, la consciente y la inconsciente.

La muestra se llevó a cabo del 9 al 28 de junio, mientras que el último número de *Cero* salió en agosto. Sin duda, 1967 mostraba un auge del surrealismo en el país, a más de cuarenta años de su aparición y en una época en que había sido relegado en Francia. Como he expuesto aquí, esto había ocurrido durante la segunda posguerra, que había dejado al descubierto la responsabilidad intelectual durante la ocupación y que, en definitiva, fue el contexto de producción de la noción de compromiso intelectual, muy diferente al escenario en que fue importada en América Latina. Sin esas condiciones históricas, existencialismo y surrealismo podían convivir en Argentina en una versión desplazada y combinada de sus preceptos, y lo hacían incluso en las mismas publicaciones. Esto no invalida su valor, sino que

sólo señala otras declinaciones para las ideas recibidas y apropiadas. Al fin y al cabo, como sostiene Claudia Gilman, la convergencia de las

vanguardias estéticas y políticas es *simptomática* y no *problemática*: expresa, no la escisión del comportamiento intelectual, sino una novedad respecto de los términos en que se entiende la noción de compromiso. Para la mayor parte de los escritores, la tarea de modernización cultural figuró en la agenda del compromiso, y muchas de las reflexiones sobre literatura de los propios escritores establecieron ese vínculo como necesario (2003: 147; resaltado en el original).

Para el momento en que se popularizó el existencialismo sartreano, el surrealismo todavía era sinónimo de una modernización incompleta. Por eso, como se ha argumentado en este trabajo, la combinación de sus nociones operada en las revistas no es una articulación ecléctica, sino que el compromiso era tanto con la libertad política y la justicia social, como con la modernización cultural que proponía una poética que venía a sacudir las estructuras dadas, tanto estéticas como sociales. El auge del surrealismo en Argentina, más de cuarenta años después de su surgimiento, se daba porque todavía tenía mucho para aportar en cuanto a autonomía y creatividad estética, dos aspectos que la literatura de la época requería para renovarse y robustecer su papel en la sociedad.

Esta articulación con las ideas sartreanas o, mejor dicho, esta infiltración en el surrealismo argentino de una discursividad vinculada al compromiso intelectual demuestra que la importación de Sartre se dio de manera sesgada y dúctil, que su interpretación no fue durante los años sesenta siempre precisa y que la popularización de algunas de sus nociones de manera simplificada fue lo que facilitó su penetración en casi todo el arco intelectual. Es por esto que se trató de una importación cultural que, enrolada en la discursividad de la izquierda, modificó la producción artística y del conocimiento, pero también del pensamiento y las prácticas, incluidos los del surrealismo.

De hecho, las ideas de Sartre, junto a una coyuntura político-social que se complejizaba, terminarían por interpelar el ejercicio de la poesía pura del grupo surrealista argentino. Años más tarde, Vicente Zito Lema, uno de sus miembros más jóvenes, protestaría contra esa posición. El 18 de junio de 1971, presentó la conferencia “Los monos y la poesía” en el ciclo “Las palabras y el fuego”, organizado por la Dirección de Bibliotecas Municipales de la Ciudad de Buenos Aires, donde se desempeñaba como funcionario otro poeta surrealista, Enrique Molina. De acuerdo con el testimonio del primero,¹⁴ se trataba de un encuentro en homenaje al surrealismo, donde se habían presentado miembros destacados del grupo, como Aldo Pellegrini y Olga Orozco, bajo la acostumbrada premisa de mantener la poesía separada de las cuestiones ideológicas, en una época en que la violencia política iba en ascenso. La conferencia-performance, según relata la crónica publicada en el diario *La Opinión* del 23 de junio de 1971, proyectaba imágenes de simios que describía el poeta, para luego señalar que

El hombre es un animal mucho más violento que el mono, mucho más asesino que el mono [...]. El hombre es el único animal que tortura a otros hombres, a otros componentes de su misma especie. Y al hablar de torturas, pretendo, exijo que su significado sea tomado en toda la tremenda realidad del hoy y aquí: Argentina 1971 (Gelman 1971: 23).

A continuación, las diapositivas mostraron escenas de violencia callejera, mientras se leía un crudo testimonio de una víctima de tortura con picanas eléctricas que la crónica de Gelman reproduce con crudeza. Finalmente, el posicionamiento de Zito Lema era una interpelación a un surrealismo que se obstinaba en mantenerse del lado del inconsciente, cuando la realidad evidente asaltaba el trauma:

Continuamente se habla de poesía, de libertad, de amor. Exijo que esas palabras no sean pronunciadas si no somos capaces de darles su contenido vital, si no somos capaces, como pedía Artaud, de acompañarlas con nuestro hueso. [...] ¿Podemos hablar de poesía callando que se tortura, y de libertad, callando los asesinatos, y de amor, callando las [sic] antropofagia de unos seres contra otros? Basta de excusas, señores, basta de mentiras, basta de onanistas del cielo (Gelman 1971: 23).

Para ese momento, Zito Lema ya se había enrolado en el Ejército Revolucionario del Pueblo, una organización guerrillera de orientación marxista que buscaba la toma del poder por la fuerza. Es que la violencia política e institucional estaba para ese entonces en franco ascenso en Argentina y esas condiciones, que inclinaban la balanza en el dilema entre la práctica intelectual y la acción revolucionaria, arrasaban con una concepción pura de la producción literaria. En definitiva, la urgencia de la coyuntura se imponía y le quitaba el sueño a la literatura.

Referencias bibliográficas

- Boschetti, Anna (1990). *Sartre y “Les Temps Modernes”*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Breton, André (2012). *Manifiestos del surrealismo*. Buenos Aires: Argonauta.
- Carnevale, Jorge (1964). “Literatura argentina actual o la máscara del coraje”. *Cero*, núm. 2, diciembre, págs. 22-23.
- Colombi, Beatriz (coord.) (2021). *Diccionario de términos críticos de la literatura y la cultura en América Latina*. Buenos Aires: CLACSO.
- Del Gizzo, Luciana y Mariano Sverdloff (2019). “Introducción al dossier «Importaciones culturales en la Argentina del siglo XX: omisiones y apropiaciones»”. *Estudios de Teoría Literaria*. Universidad de Mar del Plata, vol. 8, núm. 17, noviembre: 4-8. Disponible: <https://fh.mdp.edu.ar/revistas/index.php/etl/article/view/3784>
- Didí-Huberman, Georges (2011). *Ante el tiempo. Historia del arte y anacronismo de las imágenes*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo.

¹⁴ Entrevista personal a Vicente Zito Lema, julio de 2021. Según su relato, la crónica del evento, publicada en diario *La Opinión* sin firma, fue realizada por el poeta Juan Gelman.

- Gelman, Juan (1971). "El poeta Zito Lema. En una conferencia sobre monos y poesía, denunció torturas en el país". *La Opinión*, 23 de junio, pág. 23.
- Gilman, Claudia (2003). *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Grüner, Eduardo (2021). "Los (presuntos) "sartreanos argentinos" Algunas memorias impresionistas", *Archivos de Historia del Movimiento Obrero y la Izquierda*, núm. 18, marzo-agosto, págs. 79-104. <https://doi.org/10.46688/ahmoi.n18.309>
- Judt, Tony. (2012). *Pasado imperfecto. Los intelectuales franceses, 1944-1956*. Madrid: Taurus.
- Llinás, Julio (1958). "La bolsa y la vida". *Boa*, núm. 1, mayo, págs. 1-2.
- Marx, Karl. (2008). "Prólogo", en *Contribución a la crítica de la economía política*. Buenos Aires: Siglo XXI, págs. 3-7.
- Minguzzi, Armando. (2013). "La revista *Cero*: surrealismo y las artes en el mundo de los años sesenta", en *El surrealismo y sus derivas*. Madrid: UAM. Disponible: <http://www.uam.es/proyectosinv/surreal/index.html>
- Molina, Enrique (1967). "«Libertad y otras Intoxicaciones» o el placer de estar vivo", *La Rueda*, núm. 1, julio-agosto, págs. 46-49.
- Palti, Elías (2021). "Ideas fuera de lugar", en Colombi, Beatriz (coord.) *Diccionario de términos críticos de la literatura y la cultura en América Latina*. Buenos Aires: CLACSO, págs. 245-255.
- Pellegrini, Aldo. (1967). *Surrealismo en la argentina*. Buenos Aires: Centro de Artes Visuales del Instituto Torcuato Di Tella.
- Piterbarg, Elías (1948). "Surrealismo y surrealistas en 1948", *Ciclo* núm. 1, 1948, págs. 65-73.
- Rancière, Jacques (2022). "El concepto de anacronismo y la verdad del historiador", *Cuadernos LIRICO*, núm. 24, mayo 2022, [En línea]: URL: <http://journals.openedition.org/lirico/12578> ; DOI: <https://doi.org/10.4000/lirico.12578> [consultado el 24 junio 2025]
- Richerson, Peter J. y Robert Boyd (2005). *Not by gens alone. How culture transformed human evolution*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Sapiro, Gisèle (2019). "Volver a la democracia. Nuevas definiciones de la responsabilidad del escritor en Francia durante la Liberación", en Bonvalot, Anne-Laure, et al. (eds). *Escribir la democracia*. Madrid: Casa de Velázquez, págs. 185-199. <https://doi.org/10.4000/books.cvz.8531>
- S/A (1967). "Presentación", *La Rueda*, núm. 1, julio-agosto, pág. 1.
- ,----- (1965). "Nos guardamos los poemas...". *Cero*, núms. 3-4, mayo, contratapa.
- ,----- (1964). "Editorial". *Cero*, núm. 1, septiembre, pág. 1.
- Sartre, Jean-Paul (2008). *¿Qué es la literatura?* Buenos Aires: Losada.
- Savignano, Alan Patricio (2020) "A Brief History of the Reception of Sartre in Argentina", en Betchart A. y J. Werner (eds.), *Sartre and the International Impact of Existencialism*, Cham: Palgrave Macmillan, págs. 307-325.
- ,----- (2016). "La recepción del pensamiento de Jean-Paul Sartre en Argentina: la generación existencialista del 25 y la nueva izquierda de *Contorno*". *Ideas, revista de filosofía moderna y contemporánea*, núm. 4, diciembre, págs. 34-59. <https://revistaideas.com.ar/ojs/index.php/ideas/article/view/260>
- Szpilbarg, Daniela (2019). "¿Nuevos textos de la patria? Exportación cultural, traducciones y canon en la literatura argentina contemporánea en Israel", *Estudios de Teoría Literaria*, vol. 8, núm. 17, págs. 146-159. <https://fh.mdp.edu.ar/revistas/index.php/etl/article/view/3673>
- Terán, Oscar (1993). *Nuestros años sesenta*. Buenos Aires: El Cielo por Asalto.
- Tzara, Tristan (1955). *El surrealismo de hoy*. Buenos Aires: Alpe
- Viñas, David (2011). "Les Temps Modernes y nosotros", en Viñas, David y César Fernández Moreno, *Tiempos Modernos. Argentina entre populismo y militarismo*, Buenos Aires: Biblioteca Nacional, págs. 61-64.
- Winock, Michel (2010). *El siglo de los intelectuales*. Barcelona: Edhasa.
- Zito Lema, Vicente (1967). "Esto es una aclaración para los lógicos intelectuales...". *Cero*, núm. 7-8, agosto, pág. 39.
- ,----- (1965). "Cultura oficial y un enemigo: Luis Luchi". *Cero*, núm. 7-8, agosto, pág. 26.
- ,----- (1964). "J.B.P el pintor, la ciencia y una luna amarilla". *Cero*, núm. 2, diciembre, pág. 16-17.